

Barcelona

LAS JORNADAS DE BRUGUERA

J. J. ARMAS MARCELO

MIENTRAS en Madrid el PEN Club iniciaba sus actividades convocando a los escritores de las "nuevas tendencias" para que probaran —casi todos— que no eran nuevos ni tendencias, en Barcelona, la editorial Bruquera se lanzaba al ruedo de las celebraciones estrictamente literarias y, motivada por el Día del Libro, organizó en el Instituto Francés de Barcelona y durante la semana pasada un ciclo de mesas redondas sobre temas específicos. Valverde, Borges, Onetti, Barral, Semprún, Calvino, Arreola, Sciascia, Alberti, Marsé, Vázquez Montalbán. Todo un sugestivo proyecto intelectual al que acompañaban sesiones cinematográficas y veladas musicales. La ausencia —en las mesas y en las masas— de escritores de lengua catalana fue bastante comentada.

La incógnita y la sombra

Desde los inicios de las Jornadas, la incógnita fue la presencia de Borges. Después, la sombra del gran escritor se alargó como la de un ciprés solitario al atardecer y sobrevoló con deseada obsesión sobre las cabezas de los miles de asistentes a los actos que despertaron en Barcelona un desusado interés. Al final, Borges rompió el programa. Irá esta misma semana a Barcelona, ciudad que tanto le gusta. La anterior —la pasada— se conformó con aterrizar en Madrid, "esa pequeña ciudad provinciana" que va camino de convertirse en distrito federal.

La narrativa según Valverde

Martini —director de "Narradores de hoy", colección con la que Bruquera pretende cambiar de imagen y conseguir un puesto intelectual entre los "consumidores" literarios— abrió las Jornadas. Recaló en el recuerdo a Sartre y explicó el objetivo de las Jornadas: "Convertirlas en un instrumento válido para debatir temas que inciden en el mundo del libro con la participación de todos los implicados en el proceso".

Tras él, J. M. Valverde conferenció sobre "La narrativa en la literatura actual". Riguroso y científico, tocando con su fina sensibilidad

personal el parnaso académico, Valverde desmenuzó la narrativa de nuestro tiempo. Los orígenes de la novela en Europa, la novela sentimental francesa —"cuyo máximo exponente es La princesa de Cleves, de Lafayette"—, El Quijote y el Lazarillo, Molls Flanders, Robinson, Flaubert y Dickens —diferenciados—, Conrad —"el preferido de los exquisitos"—, Joyce y Ulises, Virginia Woolf, Faulkner y algún otro fueron las calas citadas en el catálogo narrativo de Valverde para afirmarse en la creencia de que la creatividad casi siempre está en manos de escritores a los que el mercado de sus libros les trae sin cuidado. Refiriéndose al "boom" latinoamericano —cuya capital sigue siendo Barcelona—, Valverde

idea es emular al desaparecido Premio Formentor, en colaboración con algunas editoriales españolas y extranjeras". El premio no sólo consistirá en la edición de la novela y la simultánea edición y traducción de la obra a todas aquellas lenguas cuyas editoriales estén representadas en el "jurado". No se trata, sin embargo, de volver a esquemas finiquitados en el tiempo y, por ello, el premio estará dotado con un importante incentivo económico. La resurrección del Formentor en el cóctel de Onetti —parece un título de Alfredo Bryce Echenique— reunió en su torno a muchos de los asiduos asistentes a las fiestas literarias catalanas: Barral, Beatriz de Moura, Mónica Faimberg, Mario Muchnich, Mario Lacruz, Moreno-

Castillo, Mauricio Wacquez —como moderador que nada moderó—, Oswaldo Soriano y quien esto escribe nos sentamos para hablar de narrativa en Hispanoamérica. Arreola no llegó al acto. Hizo bien porque no se perdió nada del otro jueves. "La mesa" —a decir verdad— no estuvo a la altura del interés de "la masa". Le fallaron "las musas" y todo resultó una "misa" incoherente. Repetidísimas disquisiciones contra las dictaduras latinoamericanas, ataques a Borges, apoyos inadecuados a la Revolución Cubana —olvidado Soriano de "los diez mil de La Habana"—, denuncias de nuevo a los "escritores del interior de Argentina, cómplices de Videla", historias dramáticas y grotescas, "boutades" y chistes resquebrajaron el interés de un público que abarrotaba el salón de actos del Instituto Francés y que no se mereció nunca tal espectáculo. Alguien en la mesa habló sin apoyo de literatura y de literaturas hispánicas, siguiendo las tesis de Unamuno —muy parecidas a las de Upsala, por supuesto—. Más tarde le tocó el vapuleo al "boom", tachado de "montaje comercial". Pero, por paradoja, el culpable en gran medida del "boom" —Carlos Barral— demuestra con su experiencia de quiebra editoriales que no tiene el más mínimo interés ni conocimiento de economía de empresa. De lo único que puede ser tildado es de editor-aventurero o de comerciante frustrado. Se mezcló —en tópica fusión— a la Revolución Cubana con el "boom" —producto también de aquella—. Soriano llegó a decir que, tras la ruptura de los intelectuales con la Revolución, quienes habían seguido fieles a sus postulados revolucionarios seguían escribiendo con altos niveles de calidad. Los "disidentes" habían, por tanto, perdido la luz revolucionaria que les procuraba escribir bien. Soriano olvidó nuevamente títulos como "El libro de Manuel" y "El otoño del patriarca", para ensañarse con "La tía Julia...". Para colmo, en un alarde más propio de peritos agrónomos que de escritores, algunos miembros de la mesa desencantaron nuevamente al auditorio al parcelar geográficamente a la narrativa latinoamericana. Wacquez, entre halagador y alucinado, dijo incluso que "hasta Josep Pla es un escritor sel-



Mesa redonda sobre "Narrativa en Hispanoamérica": Guido Castillo, Juan Carlos Onetti, Mauricio Wacquez, Oswaldo Soriano y Armas Marcelo.

terminó su exposición diciendo que se había encontrado, en la época de los 60 —la década prodigiosa—, con la gran tradición de la novela española, fundidas ambas en una sola lengua.

La resurrección del Formentor

En el cóctel celebrado en honor a Onetti, tras la conferencia de Valverde, se produjo la primera sorpresa de las Jornadas: Ricardo Muñoz Suay anunció la creación de un Premio Internacional de Editores. "La

Durán, Marsé y algunos otros esteparios —como José Esteban— que pululeaban por el salón, como despistados, con el vaso del "líquido opalino" o del "pálido alacrán de la ginebra" temblándole entre los dedos.

Borges y la narrativa latinoamericana

Ante más de dos mil personas —escritores extrañamente interesados en el género, jóvenes universitarios, diminutas, brillantes y llamativas "lolitas"—, Onetti, Guido



Componentes de la charla sobre "Narrativa italiana": Saladrigas, Calvino, Esther Benítez y Carlos Barral.

vático". "Será por el número de páginas de su obra...", repuso alguien de la mesa. "Yo estoy fuera del boom", bramó Onetti. Es verdad: el "boom" onettiano es prácticamente nuevo, personal e intransferible y "Dejemos hablar al viento" da fiel constancia de ello.

Así, con esta deshinchada mesa redonda sobre la literatura narrativa latinoamericana, se perdía otra nueva ocasión de hablar sobre algo que demandaba el interés de los asistentes. Ocurrió exactamente la repetición de *La clave* que organizaron TVE y Balbín sobre *Latinoamérica* hace un par de semanas. También se perdió ahí, por notoria incapacidad de los invitados, una magnífica ocasión para trazar parámetros en torno a la realidad de un continente que nos es afín en lengua y culturas. *Sic transit vanitas vanitatis*.

Calvino, la estrella

Si la mesa sobre narrativa latinoamericana fue el dechado de la incoherencia, la que se celebró al día siguiente —en torno a la narrativa italiana— mejoró muchísimo las Jornadas. No sólo por la presencia en ella de las ideas claras de

Carlos Barral, Saladrigas y Calvino, sino también por la perfecta moderación que de la mesa hizo Esther Benítez. Balbuceando, entre la timidez y la delicia, en un español nítido y ralentizado al máximo, Calvino expuso sus teorías sobre las narrativas contemporáneas —"el desarrollo de las literaturas es siempre irregular no sólo en cada país, sino en cada escritor"—. Habló de la discontinuidad en su última novela, de la cual dijo que "el único héroe es el lector que lee una novela que no es nunca la misma". Saladrigas apuntó cierto parecido con la narrativa italiana de dos escritores españoles: *Cunqueiro* y *Pedrolo*. Calvino volvió a la carga para resaltar el interés que en todas sus obras hay por lo grotesco, por las situaciones distorsionadas "que provocan un lenguaje también grotesco y distorsionado".

En un momento determinado de la exposición, alguien de entre la masa anónima del público, quizá nervioso por el extraño nivel de expresión oral del italiano, entre la angustia y la delicadeza, pidió al propio Calvino que hablara en italiano. "Es que en italiano —siguió entre balbuceos Calvino— no lo hago mejor"...

Fin de semana en Calafell

El paréntesis de las Jornadas en el fin de semana abrió otras conversaciones —esta vez, privadas— no menos interesantes al borde del sol, de L'Espineta, al borde del Mediterráneo de Calafell. Barral —sobrio como jamás— se exaltaba hablando de Píndaro y su imposible actualidad con el editor Mario Muchnich. José Esteban recordaba los éxitos musicales de hace doce o trece años, aquéllos en los que se glosaban jocosamente los viajes que los intelectuales españoles hacían a La Habana, capital entonces de la esperanza revolucionaria. Beatriz de Moura y Tony López hablaban —como nosotros— del próximo viaje a la Feria del Libro de México. Marsé se debatía en aceptar o no la invitación que le habían hecho para un Encuentro Internacional que se celebrará por las mismas fechas en México. Muñoz Suay hablaba con José Esteban de los tiempos clandestinos y del "stalinismo": "Yo era un liberal", decía Muñoz Suay ante las carcajadas de José Esteban. Barral quiere ser vizconde de Calafell. "Igual que Pepe Caballero, que quiere ser vizconde Bonald". Resulta que a la izquierda —republicana, federal, intelectual— le ha dado ahora por la aristocracia. Será por reflejo condicionado...

Vian no es inteligente

El martes 22, víspera del Libro, Semprún —ante un público que no cejaba en su interés por oír a los monstruos decir sus "boutades"— evocó con la lucidez que le caracteriza —sobre todo en lo que se refiere al rápido reptil de la memoria— sus recuerdos personales de Vian, en un amanecer de un día de 1947 en una plaza de París, junto a Saint Germain, tras una larga noche de jazz en las cavas existencialistas. Habló de la incompreensión, concepto que le llevó a dejar la novela para

dedicarse a otras cosas. "Vian —dijo Semprún— afirmó una individualidad en un tiempo en el que el comunismo era posible".

Otra sorpresiva intervención fue la del traductor Juan García Hortelano (para Wacquez, "el único novelista español importante en la actualidad"), que dijo que Vian no era muy inteligente. "En realidad, para escribir una novela no hace falta ser inteligente". No aclaró si se refería exclusivamente a Vian o incluía en el todo a sus compañeros de "generación" y a Vizcaino Casas.

La novela española, hoy

Rafael Alberti, presente en la mesa redonda cuando otras crónicas lo hacían en Roma, dijo que el clima literario del 27 era muy divertido. No como ahora que todos quieren llegar a la Academia cuanto antes. Barral fue el archivo de fechas y ediciones, mientras Alberti volvía a quejarse de las injusticias cometidas en las personas de los escritores republicanos. En un día tan señalado y de tantas celebraciones, como el Día del Libro, Alberti —que el año pasado, casi, versificaba a la Virgen Macarena— volvía a requerir la reivindicación del recuerdo para los olvidados escritores republicanos. Silencioso y pasota, Marsé, que prefirió quedarse en Barcelona para estar simplemente presente en esta última mesa redonda de las Jornadas, entonaba en catalán el verso que lo hizo famoso, gracias a la sugerencia de Jaime Gil de Biedma: "Si te dicen que call". El interés recaló en los novisimos "encastellados". Barral dijo que, en principio, eran diez —como los negritos—, "pero por eufonía, sobró uno". Y con el mismo acierto que, días antes, había contestado a Muchnich sobre la influencia de la narrativa italiana en García Márquez ("García Márquez —dijo Barral— es un narrador oral del Norte de África"), no quiso dar el nombre del excluido. Gracias a estas Jornadas, además, Hortelano ha vuelto a comprar los periódicos en las Ramblas y todos hemos podido darnos cuenta que Barcelona sigue siendo la ciudad abierta, disipada y saqueable que siempre fue. Que cunda el ejemplo y estas celebraciones se consoliden en cómodos plazos mensuales... ■



Valverde (en el centro) durante su conferencia sobre "La narrativa en la literatura actual".